



Revue

HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Volume 1 – 2005

Dossier : Types et emblèmes de l'identité dans les discours
sur la nation en Amérique latine – XIXe et XXe siècles

*Los modelos históricos de la “Argentina real”: la iconografía del
nacionalismo y del populismo, 1955-1973*

Michael Goebel

www.hisal.org | 1-12-2005
URI: <http://www.hisal.org/viewarticle.php?id=27>

Los modelos históricos de la “Argentina real”: la iconografía del nacionalismo y del populismo, 1955-1973

Michael Goebel*

Introducción

Hacia fines de los años sesenta del siglo pasado, la Argentina, si bien su economía y la viabilidad del sistema político ya muchas veces habían dado signos de debilidad, todavía mostraba algunos índices de desarrollo humano que comparaban favorablemente con los países de la Europa mediterránea. Esto se veía en los datos sobre salud pública, pero sobre todo en el nivel educativo, donde la Argentina podía enorgullecerse de una tasa de alfabetización de 91 por ciento, la cual era casi igual a la italiana y superando las de España, Grecia o Portugal.¹ Asimismo y a pesar de que la inestabilidad institucional no dejaba de afectar el ámbito universitario, la Argentina presenciaba una expansión vertiginosa de su población estudiantil. Como se ha recordado, por Eric Hobsbawm entre otros, este proceso se daba en todo Occidente, pero era relativamente más impactante en los países periféricos, donde, además, el mercado laboral se mostraba menos apto para absorber esas masas.² Al terminar la década del sesenta, la Argentina ocupaba el duodécimo lugar en un ranking mundial que medía el número estudiantes por millón de habitantes, con una cifra de 10.890.³ Tal acceso masivo de los hijos, y cada vez más hijas, de la clase media a una educación universitaria llevó consigo transformaciones profundas en el mercado cultural. Estas se

* Department of History, University College London. E-mail : t.goebel@ucl.ac.uk

¹ Charles Lewis TAYLOR y Michael Craig HUDSON, *World handbook of political and social indicators*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1972, pp. 259-261 (médicos por millón de habitantes) y pp. 232-235 (alfabetización).

² Eric HOBSBAWM, *Age of extremes: the short twentieth century, 1914-1991*, Londres, Abacus, pp. 295-301.

³ TAYLOR y HUDSON, *World handbook*, pp. 229-231. Superaba así casi la totalidad de países europeos — por ejemplo Francia (10.420), la Alemania Federal (6.320) o el Reino Unido (4.857) — y, con la excepción algo atípica de Puerto Rico, todos los países latinoamericanos — por ejemplo Chile (5.080), México (3.120) y Brasil (1.860). Sólo Estados Unidos, Nueva Zelanda y la Unión Soviética, todos países con sistemas universitarios muy diferentes, tenían cifras significativamente más altas que la Argentina.

manifestaron en una expansión del público lector, lo que creó condiciones favorables para que los bienes simbólicos provenientes del campo intelectual encontraran una recepción amplia. Entre 1958 y 1966, solamente la editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba) publicó 802 títulos con una tirada total de aproximadamente doce millones.⁴

Si bien estas transformaciones no eran específicas de la Argentina, sí se conjugaron con una conformación política peculiar. En el período entre el golpe militar de 1955 que derrocó y exilió a Juan Perón y el retorno triunfal de éste a Argentina para nuevamente asumir la presidencia en 1973, amplios sectores de la juventud de clase media llegaron a convencerse de que Perón era el actor más prometedor para el proyecto político que estos sectores proclamaban para la Argentina. Esta opción por el peronismo de gran parte de la juventud de clase media resultó algo sorprendente para quienes se acordaban de que los padres de los mismos estudiantes tan sólo quince años antes se habían encontrado en las filas de la más férrea oposición al gobierno peronista. Pero la “peronización” del estudiantado en los sesenta resulta menos enigmática si se tienen en cuenta algunos datos básicos de la política argentina en esa época. A partir de 1955, el acceso del peronismo a la competencia electoral permaneció prácticamente vedado hasta 1973. Pero rápidamente se hizo evidente que, a pesar de las circunstancias desfavorables para el peronismo, la clase trabajadora mayoritariamente no abandonó su fe en el líder exiliado y que la vertiente sindical del peronismo logró mantener un poder de veto en el proceso político. Aunque el nuevo golpe militar de 1966 superficialmente pareció solucionar ese “juego imposible”,⁵ las fuerzas armadas tampoco lograron imponerse como actor hegemónico. Bajo el régimen militar — en gran parte debida a la eliminación de la multiplicidad de ejes por los cuales previamente se habían negociado demandas políticas y sociales — se formó una oposición amplia de estudiantes y obreros quienes con expectativas muy heterogéneas apostaron en una salida liderada por Perón.

Esta crisis de legitimidad política de los sesenta repercutió en el campo cultural. De los varios procesos que se entrecruzaban aquí, podríamos privilegiar dos a través de

⁴ Beatriz SARLO, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001, p. 69.

⁵ Tomamos la expresión del ya clásico trabajo de Guillermo O’DONNELL, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972, capítulo 4: “Un juego imposible”.

los cuales se vincula la producción de bienes simbólicos y su recepción en el público lector. En cuanto a lo primero, los fracasos consecutivos de las propuestas políticas post-1955 — y sobre todo el de Arturo Frondizi (1958-1962) — dieron lugar a la convicción ampliamente difundida de que ninguna solución política era viable si no incluía el movimiento proscripto. Esta certeza era común entre intelectuales de izquierda, quienes después de 1955 debían reconocer que la deserción de la clientela clásica de los partidos de izquierda hacia el peronismo era más que una desviación pasajera que pudiese ser remediada con medidas re-educativas o coercitivas. Siguiendo su reclamo de hablar en nombre de las masas, un sector considerable de lo que se ha denominado “la nueva izquierda intelectual” reaccionó a esa experiencia con creaciones de tono ferviente contra la izquierda tradicional que a su vez implicaban una revisión radical del supuesto liberalismo de aquélla, mientras que buscaban un acercamiento al peronismo.⁶ Sobre todo los escritores de la llamada izquierda nacional construyeron relatos que buscaban legitimar el peronismo como un movimiento que expresaba en tono auténticamente nacional las demandas de las masas populares. Los relatos sobre la realidad nacional de esos intelectuales encontraron un público amplio en el mencionado estudiantado que encontró en ellos argumentos que le permitieron explicar y justificar su militancia política.

Uno de los rasgos más destacados de la ensayística de esta izquierda nacional-populista era que se alimentaba de y se apoyaba en una corriente historiográfica, conocida como revisionismo histórico, que era lejos de ser una ideología claramente izquierdista. Por el contrario, había surgido bajo signos autoritarios como un producto de la crisis del liberalismo de los años treinta. Si bien había existido un embrionario revisionismo populista en aquellos años, era sólo después de 1955 cuando, gracias a los procesos sociales y políticos arriba descriptos, creció su vertiente más decididamente izquierdista y, en algunos casos, aún marxista. Al mismo tiempo, los emblemas revisionistas desarrollaron una capacidad importante de moldear el imaginario histórico colectivo, debido en gran medida al hecho de que fueron usados como instrumento legitimador del

⁶ Véase Oscar TERÁN, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, tercera edición, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

peronismo.⁷ Su éxito entre los jóvenes que declaraban su fe en Perón se evidenció no solamente en el nombre que se dio la flamante guerrilla urbana peronista más importante (Montoneros), claramente influenciado por esta historiografía nacionalista. Tan extensa era la difusión que el revisionismo había alcanzado hacia fines de los sesenta que Túlio Halperin Donghi pudo constatar en 1970 que “la obra de la revisión histórica podía [...] considerarse completa; el movimiento intelectual que la había promovido lograba [...] un inesperado triunfo.”⁸

Este artículo reconstruye algunas características de la iconografía nacional-populista de los años sesenta, compartidas entre sus vertientes izquierdistas y derechistas. Aunque sus expresiones historiográficas, es decir el revisionismo, ya han sido objeto de varios estudios, éstos a menudo se han concentrado en el período hasta 1955.⁹ En cuanto a las dos décadas posteriores, cuando se produjo la difusión más amplia del revisionismo, generalmente se abordó en estudios sobre otros temas que mencionan el tema pero no lo profundizan, o bien en artículos que resumen su itinerario a través de varias décadas o con una pregunta muy específica.¹⁰ Dado que este artículo mucho menos puede abarcar el tema en su conjunto, se limitará a subrayar algunas cuestiones puntuales que se consideran significativas para la comprensión del discurso nacional-populista, especialmente la conformación de una iconografía y la introducción de cierto tipo de la

⁷ Para los años inmediatamente posteriores al golpe de 1955, véase Michael GOEBEL, “La prensa peronista como medio de difusión del revisionismo histórico bajo la Revolución Libertadora”, en *prohistoria*, no. 8 (2004), pp. 251-265.

⁸ Túlio HALPERIN DONGHI, *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires y México D. F., Siglo Veintiuno, 1971, p. 43.

⁹ Así, la única monografía sobre el tema (Diana QUATTROCCHI-WOISSON, *Un nationalisme de déracinés: l'Argentine, pays malade de sa mémoire*, París y Tolosa, Centre National de la Recherche Scientifique, 1992) solamente llega al año de la caída de Perón.

¹⁰ Entre los estudios más amplios cabe mencionar TERÁN, *Nuestros años sesentas*; Maristella SVAMPA, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994; y Silvia SIGAL, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Entre los artículos generales: Túlio HALPERIN DONGHI, “El revisionismo histórico como versión decadentista de la historia nacional”, en *Alternativas*, junio de 1984, pp. 72-93; Alejandro CATTARUZZA, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 143-182. En cambio, el artículo de Fernando DEVOTO, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en DEVOTO y Nora PAGANO (comps.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2002, pp. 107-131 trabaja el tema desde una perspectiva más específica que se pregunta por la heterogeneidad ideológica del revisionismo en los sesenta. Existe además el largo ensayo de HALPERIN, *El revisionismo histórico*, op. cit..

nacionalidad a través de la exaltación de figuras históricas. En otras palabras, no se pretende dar una explicación exhaustiva del éxito de la ensayística nacional-populista, ni hacer una biografía colectiva de sus escritores. Más bien, entendiendo esta literatura como síntoma y a la vez promotor de cambios más amplios en el imaginario colectivo sobre la realidad nacional, se trata de añadir una pieza en el mosaico que conformaba el clima intelectual de los debates sobre la nacionalidad en esa época.

Para este propósito nos concentraremos en los escritos de autores de corte revisionista que se dedicaron principalmente a la construcción de tipos y emblemas que simbolizaron la esencia de la argentinitud. Estos autores no eran necesariamente los intelectuales nacionalistas más conocidos. Sobre todo los ensayos de la izquierda nacional, como los de Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós o Jorge Abelardo Ramos, aunque fueron muy influenciados por los símbolos revisionistas y a su vez contribuyeron mucho a su amplia difusión, no se dedicaron principalmente a construir tal iconografía y por ende no son considerados aquí en mucho detalle. El trabajo está dividido en dos puntos principales. Primero, se resume la trayectoria del relato histórico del nacionalismo, subrayando los significados de figuras y emblemas preferidos. Segundo, se pondrán de relieve las dimensiones antiliberal y antiintelectualista de este discurso y su tendencia de dividir la vida social y política en dos polos opuestos. De esto, se deriva una mirada interpretativa sobre esta iconografía en relación con problemáticas más amplias de la sociedad y la política argentinas.

Las bases de la iconografía nacional-populista argentina

El avance del nacionalismo como pensamiento político-ideológico principalmente de derecha que se produjo durante los años treinta concurrió con el planteamiento de una crisis que se concebía a múltiples niveles de la sociedad y del estado. Influenciado por el debilitamiento mundial del liberalismo y el avance de ideologías autoritarias en la Europa de entreguerras, los nacionalistas rechazaron el modelo económico que había integrado la Argentina al mercado mundial como país agro-exportador, pero sobre todo se mostraban irritados por lo que veían como los correlatos culturales y políticos de esa situación: la orientación según modelos europeos de una élite intelectual cosmopolita y las ideologías supuestamente foráneas del marxismo y (en los ojos de los más

autoritarios) de la democracia. Las soluciones políticas que sugirieron variaban y, además del autoritarismo a secas, cobró fuerza también una vertiente populista que propagaba la integración de las masas hasta entonces excluidas bajo el auspicio de un movimiento que armonizara el conflicto social a través de una alianza de clases y de medidas distributivas. Entonces, existían en el nacionalismo de los treinta múltiples discrepancias ideológicas, pero sin embargo la mayoría de los intelectuales y políticos nacionalistas convergieron en su noción de que los males del presente eran resultado de las maniobras nefastas de una oligarquía extranjerizante y cosmopolita que había traicionado el objetivo de grandeza nacional.¹¹

Como veremos más adelante, los emblemas y las figuras de la historia nacional que inventaron los nacionalistas para respaldar sus respuestas políticas, se distinguieron sobre todo por estar en pugna con lo que se identificaba como la “historia oficial” o “liberal” de la oligarquía. Por ello, lo que produjo este nacionalismo, no era tanto una revisión de la historiografía previamente dominante, sino más bien una inversión sistemática y muchas veces caricaturesca de todo lo que sus promotores asociaban con el liberalismo. Sobre todo metodológicamente, el por lo tanto mal llamado “revisionismo” trajo consigo pocas innovaciones. En vez de revertirla, profundizó una tendencia en Argentina, según la formulación afortunada de Nicola Miller, “de evaluar figuras históricas como si se pesara un potencial suegro para ver si merece ser aceptado ‘como uno de la familia’ o no.”¹² Esta propensión fue además reforzada por la escasa profesionalización del campo historiográfico, que no lograba monopolizar la producción de relatos sobre el pasado nacional,¹³ de modo que las figuras decimonónicas más importantes quedaron a la disposición de quienes quisieran utilizarlas para dibujar una imagen de la identidad nacional en función de fines políticos nada disimulados. De esta

¹¹ Véase generalmente Cristián BUCHRUCKER, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987 y Túlio HALPERIN DONGHI, *La Argentina y la tormenta del mundo: ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹² Nicola MILLER, *In the shadow of the state: intellectuals and the quest for national identity in twentieth-century Spanish America*, Londres, Verso, p. 214.

¹³ Sobre ese tema en general, véase Fernando DEVOTO (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, dos tomos, Buenos Aires, CEAL, 1993 y Jorge MYERS, “Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955”, en Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 67-106.

manera, se establecieron dos panteones antagónicos, uno liberal, el otro nacionalista. Ambos bandos — los pensadores liberales primero y los intelectuales nacionalistas luego — se esforzaron de asignar un lugar en uno de estos dos templos a las figuras decimonónicas. Mientras algunas de éstas, como San Martín, sobrevivieron esas luchas facciosas como héroes nacionales indiscutidos, otras se asociaron inequívocamente con un lado u otro.

El nacionalismo de los treinta encontraría su ícono preferido en el caudillo Juan Manuel de Rosas, gobernador de la provincia de Buenos Aires con poderes extraordinarios en el segundo cuarto del siglo XIX. En las primeras obras de corte claramente revisionista, como en la muy difundida biografía de Rosas del nacionalista aristocratizante Carlos Ibarguren, la característica más destacada del héroe era la del “restaurador de las leyes” que había venido para “dominar la anarquía política y social, restaurar el orden y defender la religión.”¹⁴ En la literatura nacionalista de la época, esta glorificación flamante sería acompañada por la vituperación de los adversarios políticos de Rosas que lideraban el país después de la caída de aquél, en especial Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre. Mientras que en esta literatura Rosas llegó a ser el arquetipo y el líder de una comunidad nacional criolla, Sarmiento o Mitre eran interpretados como ideólogos insensibles que habían conspirado contra los valores nacionales para someter la Argentina al yugo de influencias corruptoras extranjeras. Asimismo, Sarmiento (a través de su obra *Facundo: civilización y barbarie*) y Mitre (a través de sus biografías históricas) fueron identificados como los responsables de una *damnatio memoriae* de Rosas y como los principales fundadores de las ideologías que habían causado el sometimiento actual de la Argentina al dictado foráneo.

Si tanto las vertientes populistas del nacionalismo de los treinta como el régimen peronista (1946-1955) mostraron relativamente poco interés por esos modelos históricos, esto cambiaría luego de la caída de Perón. Intelectuales nacional-populistas — muchos de ellos orígenes marxistas o populistas — ahora se inspiraron en los iconos revisionistas como un antecedente legitimador. En este contexto de creciente importancia de la izquierda, Rosas como símbolo principal perdió algo de su fuerza

¹⁴ Carlos IBARGUREN, *Juan Manuel de Rosas: su vida, su tiempo, su drama*, quinta edición, Buenos Aires, Roldán, 1933, p. 318 (por primera vez publicado en 1930).

evocativa, ya que algunos de los marxistas nacionalistas no consideraban este caudillo terrateniente digno de ser un modelo evocativo para el socialismo. En cambio, la ensayística populista de los sesenta prefirió glorificar los caudillos federales del interior del país y sus seguidores armados, las mонтонeras gauchas. A diferencia de Rosas, estos carecían del nexo con la clase ganadera y algunos de ellos, como Felipe Varela, tenían además la ventaja de haber sido adversarios contemporáneos del centralismo porteño de los años sesenta del siglo XIX.¹⁵ En palabras de Hernández Arregui, un autor marxista y peronista muy influyente que adelantaba esta lectura, “si la clase trabajadora pudiese elevarse súbitamente a la conciencia histórica, designaría en Sarmiento un enemigo, y en los caudillos, el antecedente necesario de su propia lucha.”¹⁶

Aunque al nivel historiográfico, la convivencia de nacionalistas hispanistas, católicos y algunos pocos filofascistas con antiimperialistas marxistas y peronistas dio lugar a algunas polémicas historiográficas, éstas no repercutieron mucho fuera de los propios ámbitos del revisionismo. Para la forma más bien ritualista a través de la cual este imaginario histórico cobró fuerza en los campos cultural y político importaban poco los detalles interpretativos. Es indicativo en este sentido que los autores que lamentaron que se perdiera la seriedad historiográfica a causa del uso político del pasado frecuentemente eran los menos conocidos entre el público lector.¹⁷

Mientras tanto, la visión nacionalista, populista y antiliberal de la historia argentina se difundió a través de géneros y medios cada vez más diversos que abarcaban desde artículos periodísticos en semanarios de militancia política, revistas explícitamente concebidas como portavoces de la revisión histórica y monografías de índole muy diverso, de los cuales los más exitosos en cuanto al número de venta raramente eran

¹⁵ Introducciones recientes y útiles a ese caudillismo son los libros de Noemí GOLDMAN y Ricardo SALVATORE (comps.), *Caudillismos rioplatenses: nuevas miradas sobre un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998 y Ariel DE LA FUENTE, *Children of Facundo: caudillo and gaucho insurgency during the Argentine state-formation process (La Rioja 1853-1870)*, Durham, NC, Duke University Press, 2000.

¹⁶ Juan José HERNÁNDEZ ARREGUI, *¿Qué es el ser nacional? (La conciencia histórica hispanoamericana)*, Buenos Aires, Hachea, 1963, p. 24. El argumento general es resumido en el prefacio a su *Imperialismo y cultura*, segunda edición, Buenos Aires, Hachea, 1964, pp. 15-36.

¹⁷ Así, la crítica del revisionismo de adentro pasó prácticamente inadvertida. Esto sería el caso, por ejemplo, con Elías GIMÉNEZ VEGA, *Cartas a un joven rosista*, Buenos Aires, Luis Laserre, 1970 y Pedro de PAOLI, *El revisionismo histórico y las desviaciones del Dr. José María Rosa*, Buenos Aires, Theoría, 1965. Ambos libros se dirigieron sobre todo contra el muy exitoso revisionista José María Rosa.

libros estrictamente de historia.¹⁸ Asimismo, variaba el grado en que estos productos literarios se proponían una tarea ante todo historiográfica o más estrictamente referida a la política contemporánea. La confluencia de esas dos preocupaciones se manifestaba además en evocaciones ritualistas tales como la que era encarnada en la trinidad San Martín, Rosas, Perón, que luego se establecería como una iconografía visual muy habitual del peronismo.¹⁹

Antiliberalismo y el tipo del caudillo

A pesar de la heterogeneidad ideológica de sus producentes, las representaciones genealógicas del nacional-populismo tenían algunos rasgos en común. En primer lugar, todas revindicaron el rescate de una Argentina que supuestamente había permanecido invisible, oculta, profunda, pero al mismo tiempo la única Argentina que se calificaba por los atributos “real” o “auténtica”. Como postuló el ensayista populista Arturo Jauretche, uno de los más leídos autores de los sesenta, la exaltación de los caudillos era al mismo tiempo la del “país real a cuyo servicio hay que ponerse declinando lo propio.”²⁰ Lo auténtico se construía en oposición a lo que sus autores veían como las maniobras falsificadoras o desviadoras de la oligarquía liberal, según Jauretche la responsable de la “colonización pedagógica” del país.²¹ Este concepto remitía a la idea de que, a partir de la caída de Rosas, los pensadores y estadistas dominantes del llamado período de organización nacional (1852-1880) habrían establecido un régimen que a través de la educación y los medios de comunicación distorsionaron y perturbaron la conciencia nacional del pueblo para así facilitar la penetración imperialista, ante todo

¹⁸ En los primeros años después del 1955, se destacaron el semanario nacionalista y properonista *Mayoria*. Más tarde serían importantes los semanarios *Santo y Seña* (de características similares) y el peronista de izquierda *Compañero*. El ejemplo clásico de una revista principalmente dedicada a la exaltación de Rosas es la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas* y, a partir de 1968, el *Boletín* del mismo organismo.

¹⁹ El uso de esta cadena alusiva había sido un lema de la Alianza Libertadora Nacionalista (en ese momento un grupo nacionalista de extrema derecha que apoyaba el peronismo) en la campaña callejera electoral de 1945. Sin embargo, la reiteración perseverante del tropo sólo se hizo después de la caída de Perón.

²⁰ Arturo JAURETCHE, “Don Juan Manuel y el revisionismo ‘tímido’”, en: Federico Barbará et. al., *Con Rosas y contra Rosas: 32 escritores e historiadores emiten su opinión sobre D. Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Freeland, 1968, p. 23.

²¹ Arturo JAURETCHE, *Los profetas del odio y la yapa: la colonización pedagógica*, sexta edición, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1973 (primera edición 1957).

británica. De este modo, el relato nacionalista que insistía en la existencia de una verdadera identidad nacional se definió sobre todo por vía negativa.

Entre las herramientas más eficientes del complot liberal se encontraba el científicismo de los “doctores unitarios”, bajo cuya concepción, como sospechaba el nacionalista católico Fermín Chávez, habrían de “sucumbir el ethos de nuestro pueblo y nuestra incipiente germinación espiritual.”²² Según Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde – abogados marxistas que se habían acercado al peronismo a través de su trabajo por la Unión Obrera Metalúrgica y en la segunda mitad de los años sesenta se dedicaban a reivindicar los caudillos federales del siglo XIX – se trataba de identificar las

exigencias históricas de la nacionalidad que aspiraba a constituirse como tal, vale decir, como totalidad nacional. Pero este punto, resultaba difícil de comprender a los ideólogos opuestos a esa realidad profunda del país, y en verdad, testaferros de las metrópolis europeas, que disimulaban su infidelidad real al país, con falsas idealizaciones progresistas.”²³

Más allá de su rechazo de los “ideólogos” antinacionales, cuyos nombres ni siquiera debían explicitarse, la cita además muestra que, a pesar del marxismo ostentativo de los autores, el problema fundamental bajo el cual a su juicio sufría la Argentina era cultural y espiritualista más que económico. En este punto convergió gran parte de los intelectuales nacional-populistas, incluyendo una vez más a Jauretche, para quien “la cuestión nacional no era sólo económica y política. Era entender el país o no entenderlo”.²⁴ El grupo antinacional por excelencia entonces era una intelligentsia extranjerizante, importadora de idearios ajenos a la autenticidad argentina y, por ser divorciada del pueblo, incapaz de entender los anhelos verdaderos de la nación.

Ahora bien, ¿cómo se caracterizaba lo positivo, es decir la nación auténtica, en esa dicotomía? Si bien no era un libro muy leído, el ficticio *Reportaje a Felipe Varela* de Ortega Peña y Duhalde puede ilustrar muy bien cómo se imaginaba la esencia de la nacionalidad. En el libro, de unas setenta páginas, los dos narradores viajan desde la

²² Fermín CHÁVEZ, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, segunda edición, Buenos Aires, Theoría, 1965 (primera edición 1956), p. 11.

²³ Rodolfo ORTEGA PEÑA y Eduardo Luis DUHALDE, *Felipe Varela y el imperio británico: las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas*, Buenos Aires, Sudestada, 1966, p. 166. No hay de confundir Eduardo Luis Duhalde con el más tarde presidente Eduardo Duhalde.

²⁴ JAURETCHE, “Don Juan Manuel”, *op. cit.*, p. 22.

capital a un campamento en la provincia de San Juan para entrevistarse con el caudillo catamarqueño Felipe Varela. La región dominada y revolucionada por Varela, como los narradores se dan cuenta cuando se acercan al campamento, se caracteriza por un estilo de vida tradicional e idílico (en contraste implícito con el cosmopolitismo agitado porteño), donde se escuchan guitarras, se baila en fiestas folklóricas y los niños se destacan por su extraordinaria felicidad. Al mismo tiempo, se nota una notable actividad económica que abastece la población de la región que, por lo tanto, no tiene necesidades de vínculos externos.²⁵ Físicamente, Varela es descripto como un personaje noble, elegante y bien vestido, alto y seguro de si mismo. Pero sobre todo es fehaciente. Cuando habla, “resulta difícil sustraerse. Cautiva. Tiene ese don de caudillo de imponerse por sola presencia.”²⁶

En cambio, las características de la gente del pueblo no son muy detalladas, salvo la reiterada mención de su fe y su admiración incondicional por la figura de Varela.

La gente del pueblo había tomado con absoluta serenidad la revolución. La sentía suya, no se asombraba. La consideraba justa. Era así y no podía ser de otra manera, si eran sus hombres los viejos federales los que la mandaban. Si el jefe era don Felipe Varela.²⁷

Esta relación entre un pueblo leal y un caudillo carismático y bondadoso es además presentada como un modelo para la política del presente. Para que este hecho no se escapara a ningún lector, los autores no sólo lo aclararon en el epílogo. Las preguntas que en el libro los narradores hacen a Varela se refieren a la situación de los 1960, sobre todo en cuanto al peronismo. Como respuestas se citan textos originales de Varela. De este modo, el caudillo decimonónico llega a condensar el golpe militar de 1955 y propagar la vuelta de Perón como única vía hacia la liberación nacional. De esta manera, la búsqueda *por* y el encuentro *con* la “Argentina real” sirve a la legitimación histórica del movimiento nacional-populista, es decir del peronismo, como el heredero de aquella “Argentina profunda”.

Si Ortega Peña y Duhalde en este libro no ofrecieron una caracterización del pueblo auténtico, probablemente era porque lo consideraban escasamente necesario dada la

²⁵ ORTEGA PEÑA y DUHALDE, *Reportaje a Felipe Varela*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, pp. 13-14.

²⁶ *Ibid.*, p. 17.

²⁷ *Ibid.*, p. 11.

unanimidad implícita en el campo nacional-populista sobre esta cuestión. En un texto ampliamente difundido y a menudo reproducido, Raúl Scalabrini Ortiz, un escritor antiimperialista con una trayectoria política cercana a la de Jauretche, describió el pueblo auténtico de la siguiente manera cuando se refería a los acontecimientos del 17 de octubre de 1945 — fecha en la cual una manifestación masiva había logrado la excarcelación de Perón:

Frente a mis ojos, desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos [...]. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rastros de sus orígenes se traducían en sus fisionomías. [...] Era el subsuelo de la patria sublevada. Era el cimiento básico de la nación que asomaba como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la commoción del terremoto. Era el substrato de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presentes en su primordialidad.”²⁸

En búsqueda de un líder benévolo, pero fuerte, la patria finalmente se había encontrado con un nuevo caudillo en 1945. De este modo, las narrativas genealógicas que exaltaron el movimiento peronista como la propuesta más reciente para la solución de un problema más viejo y profundo, se anclaban en alegorías telúricas, normalmente asociadas con el interior del país y en oposición estricta con la cultura de la ciudad-puerto.

En principio, el énfasis en el arraigamiento en una vida rural cruda, pero auténtica y sincera, podía ajustarse a la figura del gaucho como emblema residual de la nacionalidad. Un ensalzamiento nacional-populista del gaucho podría ser, además, la consecuencia lógica del discurso ya descrito, porque los caudillos federales muchas veces habían reclutado sus montoneras entre los gauchos. Efectivamente, el gaucho — sobre todo el emblemático Martín Fiero del conocido poema de José Hernández — era muy usado por escritores populistas, tanto de izquierda como de derecha. Para Eduardo Astesano, un ex-comunista que se había acercado al peronismo, una nueva radiografía del “escenario grandioso de la pampa” llevaría a un “espíritu revolucionario, nacionalista y popular que encierra el ‘Martín Fierro’ [y que] constituye la base sobre la que construiremos la Nueva Argentina, Soberana, Independiente y Justa,” un lema

²⁸ CGT de los argentinos, no. 25, 17 de octubre 1968, p. 6. El texto originalmente databa de 1949.

inequívocamente asociado con el peronismo.²⁹ Asimismo, en su película *Los hijos de Fierro*, los directores Octavio Getino y Fernando Solanas, cercanos a los grupos armados peronistas de izquierda, representaron Perón como la reencarnación de Martín Fierro.³⁰ Mientras, desde el nacionalismo católico, Chávez dedicó una biografía elogiosa a José Hernández como constructor de la nacionalidad.³¹

Sin embargo, en la iconografía nacional-populista la figura del gaucho resultaba menos atractiva que la del caudillo federal para simbolizar la identidad nacional y popular. Es probable que esto se debiera al que el uso del gaucho como significante sociocultural y político, en los años cincuenta, ya había perdido su perfil herético y anti-*establishment*. Como han señalado Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, hacia fines de los treinta, se produjo “la incorporación formal de la figura del gaucho al conjunto de rituales estatales”, mientras que el emblema fue igualmente usado por políticos e intelectuales cercanos al socialismo y al comunismo.³² No sorprende entonces que la mencionada biografía de Chávez sobre Hernández era uno de los muy pocos libros de un autor revisionista cuya edición fue financiada por el estado. Y esta suerte de aburguesamiento no pasó desapercibida por los sectores del peronismo que se pensaban revolucionarios, como muestra el libro *Imperialismo y cultura* de Hernández Arregui, en el cual el autor lamentó que, con la apropiación de la temática gauchesca por Ricardo Güiraldes, un escritor identificado con la élite ilustrada, se hubiese producido “la réplica coloreada, en el orden estético, del fraude político de la oligarquía.”³³

Por ello, aunque los rasgos populares usualmente asociados con el gaucho lo hicieron fácilmente compatible con en el imaginario nacional-populista de los sesenta, este último tenía que competir con tradiciones políticas muy diferentes por el uso de ese

²⁹ Eduardo B. ASTESANO, *Martín Fierro y la justicia social: primer manifiesto revolucionario del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, Relevo, 1963, pp. 8-9.

³⁰ Para Jorge Abelardo RAMOS, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 2 tomos, segunda edición corregida y ampliada, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965 (primera edición 1956), segundo tomo, p. 701 los peronistas serían “los nietos de Fierro”.

³¹ Fermín CHÁVEZ, *José Hernández: periodista, político y poeta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1959.

³² Véase Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN, ‘Héroes patricios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna’, en *Políticas de la historia*, op. cit., pp. 217-262 (cita de la p. 220, en cuanto al socialismo y comunismo p. 253).

³³ HERNÁNDEZ ARREGUI, *Imperialismo y cultura*, op. cit., p. 142. Se refería al conocido libro de Güiraldes *Don Segundo Sombra*, publicado por primera vez en 1926.

emblema. En cambio, los caudillos federales tenían un potencial evocativo que los diferenciaba del imaginario liberal sin lugar a dudas. Como aclararon Ortega Peña y Duhalde “la trascendental importancia histórica” de Varela se debía en gran parte a que “la historiografía oficial, movida por siniestros intereses de clase, [la] ha ocultado sistemáticamente.”³⁴ Efectivamente, al juicio de los intelectuales nacional-populistas, la denigración de los caudillos federales por parte de la historia liberal u “oficial” era uno de los principales criterios que los calificaba para ser glorificados y admirados.

De este modo, la literatura nacional-populista desarrolló una fijación sobre un adversario liberal que se imaginaba como un bloque monolítico y que reforzó un ordenamiento discursivo en polos irresolublemente dicotómicos. Tales dicotomías se manifestaban por todos lados: pueblo y oligarquía, masas y élite, fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias, factores de poder nacionales y antinacionales.³⁵ Para dar un ejemplo, se podría citar una vez más a Ortega Peña y Duhalde, para quienes “Mitre [...] es el símbolo de la clase ganadera directora que organizaba al país siguiendo los dictados del capital financiero inglés”, mientras “Felipe Varela [...] es la organización del pueblo, de las clases trabajadoras provincianas.”³⁶

No se trata de establecer si el dictamen de los autores era correcto desde el punto de vista historiográfico o no (aunque se ha notado que los métodos de estos dos autores eran especialmente dudosos,³⁷ no todo lo que decía la literatura revisionista era equivocado). Como algunos autores (pero no Ortega Peña y Duhalde) admitieron generosamente importaba poco o nada la meticulosidad investigativa, pero sí su eficiencia política directa: “mis libros no son de investigación, sino de lucha”, escribía Hernández Arregui.³⁸ En este sentido, parece que la fuerza de las dicotomías era una expresión de un campo político altamente politizado y a la vez aumentaba la utilidad de estas narrativas para las prácticas militantes. Efectivamente, para que los símbolos históricos pudiesen servir a la lucha política parecía necesario asignar a cada figura un

³⁴ ORTEGA PEÑA y DUHALDE, *Felipe Varela*, *op. cit.*, p. 10.

³⁵ Dos ejemplos extremos de esa versión pendular-dicotómica eran RAMOS, *Revolución y contrarrevolución*, *op. cit.*, y Eduardo ASTESANO, ‘Un movimiento en dos revoluciones’, *El Popular*, no. 5, 30 de octubre 1960, p. 7.

³⁶ ORTEGA PEÑA y DUHALDE, *Felipe Varela*, *op. cit.*, pp. 165-166.

³⁷ Luis Alberto ROMERO, “La historiografía: de la historia social al revisionismo”, *Todo es Historia*, no. 280 (octubre de 1990), p. 52.

³⁸ HERNÁNDEZ ARREGUI, *¿Qué es el ser nacional?*, *op. cit.*, p. 13.

lugar inequívoco en uno de los bandos opuestos que supuestamente habían caracterizado la historia nacional.

Y de hecho, en 1970, en la primera declaración pública de la flamante guerrilla peronista, puede leerse una lectura histórica claramente influenciada por el relato revisionista:

A lo largo de ese proceso histórico [*del que, en el párrafo anterior, los autores se proclaman herederos*] se desarrollaron en el país dos grandes corrientes políticas: por un lado, la de la *Oligarquía liberal*, claramente antinacional y vendepatria, por el otro la del *Pueblo*, identificada con la defensa de sus intereses que son los intereses de la Nación, contra los embates imperialistas de cada circunstancia histórica. Esta corriente nacional y popular se expresó tanto en 1810 como en 1945, como en todas las luchas del Ejército Sanmartiniano y las misioneras gauchas del siglo pasado [...].³⁹

Como además muestra este fragmento, la dicotomía central entre lo nacional y lo antinacional permitía identificar pueblo y nación como un mismo actor en oposición a intereses nefastos, ligados al extranjero. Estos últimos no se admitían como participante legítimo del juego político, ya que fueron colocados fuera de la nacionalidad. De este modo, el bando estrictamente opuesto al propio implícitamente se excomulgó de la comunidad nacional.

Conclusión

En suma, los intelectuales nacionalistas que aportaron una lectura histórica al populismo forjaron un conjunto de textos que ayudaba a anclar los problemas del presente en los antecedentes de una Argentina pretérita. Acomodaron al peronismo en un relato genealógico que lo identificaba como la encarnación de una Argentina profunda y real. Las exaltaciones de esta verdadera esencia de la nacionalidad podían ser articuladas no sólo en géneros literarios muy variados, sino también a través de figuras retóricas distintas, como alegorías telúricas o iconografías vinculadas a ciertos protagonistas históricos. Se privilegiaba sobre todo la relación entre el caudillo y las masas que le seguían. Este vínculo, ejemplificado en la cultura del interior del país, se presentaba en

³⁹ *Cristianismo y Revolución*, no. 26 (noviembre/diciembre de 1970), p. 11. Bastardillas en el original.

oposición estricta al liberalismo decimonónico, identificado con intereses foráneos y, por ende, no digno de participar en la negociación del conflicto social y político.

¿Cómo se puede pensar la relación entre este imaginario y procesos más generales? Es muy tentador de responsabilizar el autoritarismo que subyace en ese relato de la identidad nacional para la espiral de violencia política que estranguló a la Argentina en la década del setenta. Aunque elementos del imaginario histórico nacionalista fue usado por los grupos involucrados en este proceso violento (probablemente más por la guerrilla urbana que por los militares que la reprimieron con una brutalidad inusitada), se pueden también mencionar dudas en cuanto a la tesis de una relación causal. Primero, como se ha dicho, los elementos más importantes de este ideario habían surgido con anterioridad al recurso extenso a la violencia. Segundo, muchos componentes de este tipo de nacionalismo no eran peculiares a la Argentina, sino se daban en otros países latinoamericanos, sin que por ello hubiese ocurrido un escalamiento de la violencia exactamente análogo. A la inversa, la radicalización del estudiantado se produjo simultáneamente a un nivel mundial (y en países que carecían esta impregnación por la cultura política del nacional-populismo).⁴⁰ Estas dudas no significan negar que el nacionalismo hubiese sido usado por actores políticos que recurrieron a medios violentos, pero sí que quizás resulta más fructífero interpretar el imaginario nacional-populista como expresión de cierta constelación política (y es muy posible que ésta a su vez haya promovido el recurso a la violencia).

El dato fuerte en el caso argentino de los sesenta era sin duda la escasa legitimidad del sistema político a partir de la proscripción del peronismo. Esta configuración reforzó la demanda de relatos identitarios que prometían devolver una legitimidad que se había perdida.⁴¹ Se prolongó de este modo la tendencia ya anteriormente establecida de usar modelos históricos en función de justificar los fines y las acciones políticos del presente. Si bien tal uso del pasado era facilitado por factores más relacionados con el campo

⁴⁰ Desde luego, en América Latina, el caso más llamativo de un país donde conflictos sociales frecuentemente se resolvieron por medios violentos sin una presencia importante del populismo es Colombia. Como es sabido, este punto fue desarrollado desde una perspectiva comparativa por Alain TOURAINE, *La parole et le sang: politique et société en Amérique latine*, París, Odile Jacob, 1988 quien interpretó el sistema nacional-populista como un mecanismo de contención de la violencia.

⁴¹ La expresión de la “legitimidad perdida” como clave interpretativa para el período, adoptamos de la introducción de Samuel AMARAL y Mariano Ben PLOTKIN (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2004, pp. 11-17.

propriamente historiográfico — a saber su escasa capacidad de establecer una hegemonía en la producción de los relatos sobre el pasado nacional — las características más destacadas de estas invenciones del pasado se explicaban por una dinámica política.

De ahí, podemos señalar algunos puntos tan generales que corren el riesgo de resultar obvios. Como se ha visto, algunos de los elementos más centrales de la iconografía nacional-populista de los sesenta, aunque en forma modificada, se nutrían del imaginario construido tres décadas antes. Este había buscado revindicar a la figura del caudillo como única expresión legítima de las fuerzas de la verdadera Argentina, opuesta a la élite cosmopolita y extranjerizante. Ya que, por lo tanto, sólo el caudillo podía encarnar la comunidad nacional, no hubo lugar para *interest group politics*,⁴² un concepto considerado por los intelectuales nacionalistas como equivalente a la politiquería disolvente y como importación inadecuada del liberalismo ultramarino. Un estudio más exhaustivo del imaginario aquí tratado debería por lo tanto preguntarse hasta qué punto en su objeto se manifestaba una prolongación de la crisis del liberalismo originado en el período de entreguerras.

⁴² Remitimos otra vez a la obra de TOURAINE, *La parole et le sang*, *op. cit.*, que pone mucha énfasis en la ausencia de esta noción en América Latina.